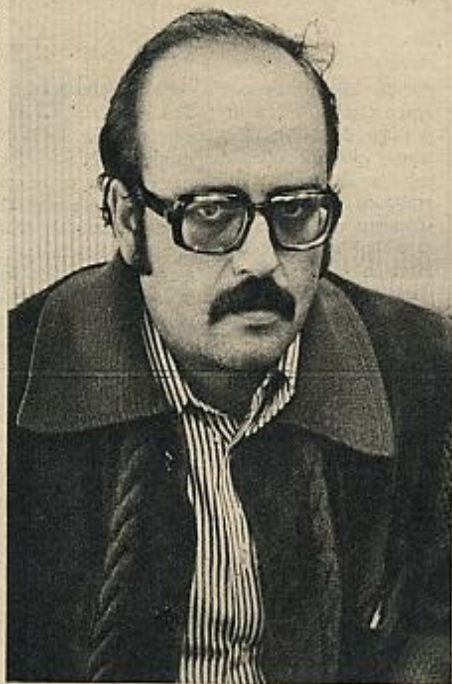


Una policiaca de Vázquez Montalbán

No hay género literario que a Vázquez Montalbán le resulte ajeno, o, más bien, no hay tentación literaria en la que no termine por caer. Su última novela —«Tatuaje» (1)— inaugura una serie negra con un protagonista ya conocido para quienes leyeron «Yo maté a Kennedy»: Pepe Carvalho. Reivindicador, ya clásico, de las canciones populares, de los seriales de radio, de todo el entramado subcultural que informa la imaginación de los seres corrientes, de los no sublimados, ¿iba a detenerse V. M. ante este género tan poco reconocido y, sin embargo, tan válido como cualquier otro para investigar y recrear la realidad, si la fórmula exigida por el tema era precisamente lo policiaco? Una novela policiaca resulta un desafío entre nosotros, en primer lugar, porque existe esta infundada desconsideración hacia el género, y en segundo lugar, porque una obra policiaca resulta una flor rara en la literatura castellana.

¿Por qué V. M. ha elegido esta fórmula? Creo, simplemente, y sin más noticias, porque era justamente la que convenía al tratamiento del tema: un caso sacado de las páginas de sucesos de los periódicos. Pero hay más. La fórmula policiaca, es decir, el punto de vista de un investigador privado, permite ver la realidad desde unos supuestos muy crudos, en los que sólo de refilón puede entrar algún tipo de mitificación de la realidad, alguna racha sentimental, al tiempo que sitúa al narrador al mismo nivel de esos personajes, tan a ras de suelo como pueden serlo los habitantes de los barrios lumpen, los emigrantes achulados, los que hacen su busca en el tráfico de drogas o prestan informaciones a cualquier agente de la CIA. Es,



pues, el punto de vista elegido por el narrador —oculto tras el investigador privado— el que ha exigido la fórmula narrativa, fórmula que por su propia condición añade ya una carga desmitificadora. No lo sé, pero lo presumo por esa lógica que permite el análisis de la obra de V. M., que éste ha pretendido también romper el cerco que impone toda literatura con pretensiones de tal, y llegar al público mayoritario de las novelas negras.

Sorprende desde el arranque de la novela la naturalidad con que nuestro autor se pliega al lenguaje y a las técnicas de lo policiaco: un lenguaje brillante, eficaz, de muy fácil lectura. Se ha escrito, creo que ha sido Sagarrá, que Vázquez Montalbán inicia muy bien la novela, pero que luego se le va de las manos. Todo depende de lo que se espere de una novela en cuestión y todo depende del modelo que el crítico tenga en cuenta y desde el que exija un desarrollo narrativo determinado. Por hablar de modelos, «Tatuaje» se ajustaría al modelo Simenon, más cercano a nuestra sensibilidad y a la realidad nuestra que los modelos americanos, novelas endiablada-mente complicadas, violentas y dignas de una

sociedad en la que las bandas son un hecho de mayor trascendencia social y política. La lectura de «Tatuaje» permite rastrear a través del discurso tranquilo del detective unos determinados bajos fondos de Barcelona, el reguero de algunos emigrantes a Holanda, el entrecruzamiento insospechado de ciertas vidas, de distintas clases, y todo ello bien adobado con vinos de marca (el detective es un «gourmet»), algunas gotas de sexo y no demasiadas escenas de violencia. No deja de haber reflexiones —muy dosificadas— políticas, y los suficientes sobrentendidos para permitirle al lector una reflexión al hilo de la trama. Hay algunas connotaciones culturalistas, pues estamos en presencia de un investigador «leído». Culturalismos que el autor se encargará de destruir en las primeras páginas de la novela. Así no deja de tener un significado bien claro la quema de «España como problema» en la chimenea. ¿No puede ser el mejor destino de esta polémica ya tan aburrida calentar un poco en una noche de invierno a falta de leña? La vida es la vida, querrá decirnos con esto V. M. Hay tras este gesto una depuradora escena, una limpieza de

esos fondos literarios, de esas legañas culturalistas que nos impiden ver la realidad como tal. Al menos hay personajes —Pepe Carvalho, entre otros— para quienes las instancias utópicas no sirven ya de nada. Vázquez Montalbán nos está describiendo una actitud determinada, muy de nuestro tiempo. En esta línea de liquidación de mitos creo que hay que interpretar la quema, más adelante, del Quijote. ¿Tuvo Pepe Carvalho impulsos quijotescos alguna vez? Ahora recibe un dinero por su trabajo, por su tarea, y se lo gasta. Hay un desencanto en la visión de la realidad del protagonista. Sin embargo, la quema del Quijote no va a anular por eso cualquier gesto idealista. El detective, como buen detective, querrá saber más, sobrepasar las órdenes del que le contrató. ¿Qué le mueve a Pepe Carvalho? ¿Un ansia de saber, de cerrar el círculo de los hechos que se le presentan, de hacer saltar el enigma? En todo caso, ese impulso del protagonista hace posible un conocimiento mayor de la realidad. Hay aquí, pues, una parábola, y era evidente que V. M. no iba a contentarse con hacer un puro divertimento, aunque, como toda novela policiaca, tuviera las trazas de tal. Hay pequeños apuntes políticos, insinuaciones solo, como es lógico en el género, suficientes para hacer comprender que la realidad degradada ha pasado por una degradación colectiva, previa. Estamos ante un detective que, presumimos, tiene muchas cosas en la cabeza, algunas preocupaciones importantes, pero que se ha trazado un plan de vida bien elemental y lo más gratificador posible a corto plazo y desde unos supuestos individualistas. En todo caso, lo que nunca puede eliminarse es una sugestión por el mito, lo que parece imposible es escapar a un destino que se nos ha impuesto. En este caso, el tatuaje enigmático y nostálgico tiene versos de la Piquer, es decir, de esa cultura profunda, subcultura si se

quiere, que nos ha marcado y de la que, a la altura de los tiempos que vivimos, quisiéramos huir. ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.



Entre la complacencia y la crítica

Hay directores con los que no tenemos «suerte»: por ejemplo, Mario Monicelli. Cuyas mejores películas de los últimos quince años —«I compagni» (1963), «Vogliamo i colonnelli», (1973) e incluso, su tentativa de humor negro «To', e morta la nonna!» (1969)— permanecen inéditas en España, mientras que films suyos de segunda fila tipo «La ragazza con pistola» o «Apasionada» (1974), que ahora nos llega, si han podido proyectarse. Una vez más, las muestras de un cine político —como los dos primeros casos citados— se quedan en el camino de las decisiones de la Junta de Censura.

Una vez más, también, el título original de una película revela mucho mejor su contenido que la inadecuada traducción que sufre entre nosotros. Es lo que sucede con «Apasionada», nombre que mixtifica la realidad de una obra que responde con precisión al que le pusieron sus autores, «Romanzo popolare». Porque se trata de construir una narración que contenga los ingredientes más definitivos del melodrama popular, hasta llegar incluso a los terrenos de la fotonovela de quiosco. Nada más que modificando el sentido de algunos de dichos elementos para acceder así, cuando menos teóricamente, a su crítica,

a una observación distanciada, capaz de mostrar la estupidez o ilogicidad de unos determinados comportamientos (honor, celos, fidelidad matrimonial establecida «a priori» como parte del contrato entre dos personas, mantenimiento de unas tradiciones arcaicas en orden a la educación o la moral...), precisamente a base de conducirlos hasta sus extremos, allí donde lo irracional deviene cómico o patético. No es, por supuesto, un camino nuevo ni dentro del cine italiano ni de la filmografía de Monicelli o de sus más habituales colaboradores, los guionistas Age y Scarpelli. Es la senda tan recorrida por la «comedia italiana», fórmula que no parece nunca agotarse en su tradicional mezcla de humorismo satirizador de costumbres y complacencia en aquellos mismos aspectos que dice criticar.

El peligro radica, por tanto, en «salvar» en última instancia idénticas cosas que cuando esa teórica mirada crítica no existe, contribuir al mantenimiento de unos valores establecidos a los que una comicidad no agresiva ni radical no afecta en absoluto. El hecho de que el espectador se ría durante hora y media ante unos comportamientos que en gran parte son los suyos, pero que a caban siendo enaltecidos o, en todo caso, «comprendidos» o minimizados, no significa más que un valor de evasión e incluso de deformación de la realidad. Lo que, a estos efectos, no diferencia suficientemente a esos melodramas (en sentido peyorativo, claro) y fotonovelas antes citados, de los productos que quieren criticarlos. Es el reproche habitual ante la «comedia italiana» y que, por extensión, cabe hacer a «Apasionada».

La manera en que Age y Scarpelli suelen evitar este obstáculo es el de dar a sus guiones un final que rompa bruscamente con cuanto habían estado exponiendo, otorgando a los últimos metros de celuloide una dimensión que choque frontalmente con el des-

(1) Manuel Vázquez Montalbán: Tatuaje. Libros de la Frontera.